

Viajaba sola. En el aeropuerto de Dar es Salaam me esperaba Vitali Maembe, músico activista tanzano al que había conocido recientemente en el Sahara Occidental. Mohamed su amigo conducía el coche. El viaje desde la capital hasta Bagamoyo, localidad costera en la región de Panwani se hace largo; los coches circulan muy despacio entre la multitud de vendedores ambulantes que te ofrecen por la ventanilla todo lo imaginable. La periferia de la capital, durante kilómetros, sigue siendo un gran mercado ambulante en permanente actividad.

Una de mis primeras sorpresas fue ver largas exposiciones de camas a ambos lados de la carretera, en el arcén o en la acera, ambos sin asfaltar. En medio del polvo y sumidas en un aparente caos para ojos occidentales se veían hileras de camas señoriales: de madera, de hierro, tapizadas, pequeñas y grandes, con dosel para la indispensable mosquitera o sin él. Pensé que debía ser la actividad económica de ese barrio de las afueras de Dar es Salaam, una zona especializada en el mercado del sueño.

Pero al entrar en la zona rural, cada vez que nos acercábamos a núcleos de población, volvíamos a estar rodeados de espléndidas camas expuestas en fila a ambos lados de la carretera. Lo mismo pasó días más tarde en el largo viaje en autobús desde Bagamoyo a Arusha, a los pies del Kilimanjaro: a cada rato la ventanilla mostraba como en un documental grandes plantaciones de sisal, nuevas montañas y una nueva e insólita exposición de camas.

Mi primer hogar en Bagamoyo fue una preciosa casa que pertenecía a una antropóloga noruega que me la cedía durante su ausencia. Mi habitación tenía una maravillosa cama de madera con una espléndida mosquitera. Pensé que, probablemente, había salido de una de esas carreteras.

Nunca había sido tan consciente del amanecer como en esos días. Al fondo sonaba el océano. ¡El Indico! Me sorprendía cuando lo pensaba. La brisa movía con fuerza las cortinas púrpuras de las ventanas y se fundía con los primeros cantos del almuédano antes de empezar el día. Al tiempo que se apagaba la voz del rezo y despuntaba la aurora una pareja de pájaros exóticos se reunía cada día en mi ventana y entonaba un canto totalmente nuevo para mí.

En ese trance, yo, como todo lo sólido, me desvanecía en el aire.

Mi segunda casa Bagamoyo era mucho más humilde que la primera, el agua corriente era escasa y la luz eléctrica intermitente pero las dos habitaciones que había estaban ocupadas casi en su totalidad por dos espléndidas camas.

El nombre de Bagamoyo está compuesto por dos palabras swahili: Baga, arroja o despréndete y Moyo, que significa corazón. Fue puesto después de que 1.500.000 esclavos salieran del puerto de la ciudad.

Allí arrojé yo, también, mi corazón y de toda esta experiencia surgió la idea de una cama en la que cobijar un enorme abrazo de lo negro y lo blanco. Al fin y al cabo mi especialidad es dar forma a los sueños.

**#rewired #exhibition @pamenp @galeríatrinta #daressalaam #bagamoyo #tanzania #artecontemporaneo #spanishartist  
#contemporaryart #installation #flyinginstallation #birds #bed**